



Capítulo 1



ABRIL DE 1824

Trató de mantener la misma fuerza, aunque se resistía. No le gustaba hacerlo y menos, cuando tenía que ver con llamarla a ella, pero no tenía opción.

Por eso siempre volvía a su mente aquella primera vez, y en eso, su esencia se sintió en el aire. Se aproximaba, junto a ese olor nauseabundo que la anunciaba, seguida de esa evocación asfixiante.

Que se hiciera lo que tuviera que ser, y nada más.

El espíritu se manifestó como una leve bruma que fue tomando la forma de un cuerpo. Y en cuanto

apareció por completo, tuvo que inclinarse para demostrarle respeto.

El vestido negro se perdía entre su cabello del mismo tono, y en el aura que solía rodearla también.

Su piel cetrina daba la impresión de resplandecer entre esas prendas profundas que la cubrían casi por completo, y que se movían junto a ella. El poder que emanaba era muy perceptible, como un aviso, una amenaza de lo que era, y lo que podría hacer.

Esperaba que pronunciara su nombre, por eso tenía ese gesto hosco.

Agatha estaba a su lado, y notó cómo se tensaba con aquella presencia. Habían pasado años, y todavía no se acostumbraba a tenerla tan cerca.

Los miró por un largo tiempo, y luego sonrió. Pero esa sonrisa no era amable, sino oscura, de esas que eran capaces de provocar temor, porque para eso la usaba, y dudaba que alguna vez tuviera otra finalidad. Alzó el rostro y con eso, al fin pudieron comenzar con la reunión.



El olor del incienso todavía era denso, tuvo que abrir la ventana para que se disipara. No era una mala idea, porque así se iría ese olor y, por lo tanto, su esencia.

—Acércate al fuego, así será más fácil que entres en calor —le dijo mientras acomodaba la silla.

—Es que todo se pone tan helado cuando viene —le explicó, como si no lo supiera, pero no dijo nada.

Se frotaba las manos en un intento de calentarse, aunque se había puesto el vestido más abrigador que tenía. Pero Agatha era así, nerviosa, y eso solía dificultar las sesiones, justo como había pasado esa tarde.

—No comprendo cómo puedes estar tan tranquilo cada vez que...

—No hay otra alternativa. Además, no es nada fuera de lo común. Solo se trata del demonio asignado, y aunque elija lucir de esa manera tan desagradable sigue siendo eso, y nada más —terminó para restarle importancia. Le sirvió algo de té y de inmediato se puso a acomodar las cartas que seguían regadas en el escritorio.

La habitación era muy amplia, y el fuego ya empezaba a sentirse. Había muy pocas cosas en ella, además del escritorio y la chimenea.

Guardaba los ingredientes en la vitrina, pero era imperceptible debido a que había sido fabricada con el mismo material del lugar entero. Las cortinas rojizas de terciopelo estaban corridas, por eso se sentía húmedo y repleto de oscuridad.

Le acercó la bebida y en cuanto le dio unos sorbos sintió cómo volvía a calmarse.

—¿Va a darnos lo que le pedimos? —preguntó con verdadera duda, porque con ella nunca se sabía.

—Lo hará. Ese gesto de satisfacción que hizo casi al final, significaba que sí —le explicó antes de tomar su lugar en el mueble principal, y hasta ese momento, la ira lo envolvió. Porque para entonces ya era seguro sentirla, hasta que se hubiera marchado por completo.



Blackburn era un pueblo pequeño. Conocía todos los alrededores, porque había sido su meta desde que tenía memoria. Sintió a los que se aproximaban, y avanzó con sigilo hasta internarse en el bosque.

No tenía muchos habitantes, y aunque la gran mayoría se dedicaba a cosas cotidianas como la agricultura y la ganadería, sabía la razón por la que eran tan esenciales para el resto de las aldeas que los circundaban. *Blackburn* podía no ser una mina, pero contaba con algo más valioso.

Eran los que se encargaban de mantener controlados ciertos asuntos, para asegurar la supervivencia.

Sí, podían tener sus alimentos y sus animales, y ellos muy poco de eso, pero, ¿quiénes eran los que

conseguían los favores para que la lluvia cayera o la enfermedad no arrasara? La *corte espiritual* residía en Blackburn y por eso, ellos regían en todo lo demás.

En esas otras tierras, la vida era hostil y los padecimientos se pegaba a los huesos, como la lluvia que no cesaba hasta consumirlo todo, o el fuego, que devoraba sin consideración cuando se le llamaba y tomaba su propio destino hasta destruirlo todo.

¿Qué quedaba después?

Cenizas, solo polvo entre la muerte, y desolación.

¿Por qué la gente de Blackburn no se enfermaba? ¿Por qué siempre prosperaban? Si todos se esforzaban con ahínco para agradar a las tinieblas, pero no era lo mismo solo seguir con una vida, a tener los hilos para que hicieran los designios de alguien más.

Y eso, lo sabía de sobra.

La corte espiritual estaba formada por cinco personas provenientes de familias fuertes y poderosas que engendraban con cada generación a uno más de los suyos, de esos que tenían la facultad de comprender lo que la mayoría no.

A la oscuridad.

Unos podían sentirlo, otros verlo, y los más poderosos, llamarlo y hacerlo suyo.

Cada uno simbolizaba una parte esencial para realizar cualquier ritual, por eso eran cinco.

Uno era el *agua*, otro el *viento*, alguien más la *tierra*, y también estaba el *fuego*. Y ya solo quedaba uno más, el que simbolizaba aquello que era lo todo, lo

más poderoso y necesario para hacer ese vínculo, el *espíritu*.

Ese que estaba en todo lo que los rodeaba, pero la familia que proveía a los poseedores de la esencia del espíritu, era en realidad la que gobernaba Blackburn.

Porque eran los brujos naturales, los que conseguían los dones para obtenerlo todo, o para arrebatarlo de los desgraciados que solo vivían con lo otro, sin tener una idea clara de lo que se jugaban en sus nombres.

Todos adoraban al *señor oscuro*, porque esos eran sus dominios, en esas tierras sumidas en la lobreguez, la misma que ansiaban los del pueblo.

Agatha provenía de la familia de la esencia del agua, y por eso llevaba ese nombre, como dictaba la tradición. Así pasaba también con la suya.

Él era el elegido, porque nació en esa familia. Era un *Blackwood*, lo que quería decir que él era el espíritu. Aunque eso no garantizaba que todos los Blackwood serían los sumos sacerdotes el resto de las generaciones.

Podían ser cualquiera de los cinco, aunque era cierto que solía quedarse entre los del espíritu. Era fuerte, y su capacidad para sentir la oscuridad y la muerte eran muy útiles.

Fue instruido por su padre, un hombre frío pero poderoso y por eso ahora estaba en esa silla, liderando todo. Con ese peso en los hombros, junto a la incertidumbre. Porque por primera vez, luego de casi

cien años, no estaba seguro de que el siguiente sería uno de los suyos.

Porque su capacidad radicaba en sentir las presencias y doblegarlas, la misma que era indispensable para conocer y obtener los dones y privilegios para los demás. Por eso, tenía la certeza de que su facultad seguiría transmitiéndose entre los suyos, en los Blackwood, porque así había sido, pero ya no.

Debía estar relacionado con su llegada, pensó tratando de ser meticuloso al respecto, y a pesar de que había oído en muchas ocasiones que no había conexión alguna, sabía que no era cierto.

Claro que estaba relacionado, porque ese vínculo lo era todo, y debía permanecer de la misma forma.

¿Eso quería decir que era su culpa?

En parte sí, pero el peso se inclinaba más hacia alguien que no quería traer a su mente.

Se suponía que... pero ya no tenía caso seguir dándole poder a ese pensamiento que no lo llevaba a nada más que a sentirse desdichado, así que lo desechó, aunque sin conseguirlo del todo.

Recordó a su esposa.

Y el dolor en el pecho le picó como un aguijón pendenciero. Blair, con esa expresión dulce en el rostro, y con el miedo de la muerte clavado en ese mismo corazón que se detuvo por algo que no debió haber pasado.

La esposa del sumo sacerdote murió demasiado pronto, porque solía irse hasta que llegaba a una edad muy avanzada, al menos así había sido...

Antes, en los tiempos de su padre, jamás habría sucedido algo semejante, y si todavía estuviera vivo, se lo habría reprochado.

¿Qué clase de sumo sacerdote tenía una muerta como compañera? ¿Cómo pudo dejar que pasara?

Y si su sangre se derramó hasta extinguirla de esa vida que coloreaba sus mejillas. ¿Qué les esperaría a los pueblerinos? ¿Una muerte todavía peor?

Al menos su hijo sobrevivió, aunque su amada Blair, no. Fue un parto difícil. Y cuando al fin ambos estuvieron a salvo, ella lo apretó en sus brazos mientras esa sonrisa de felicidad pura se plasmaba en su rostro. Pensó que lo tendría todo, una familia, al fin, pero los designios del señor oscuro se hicieron presentes, y empezó a sangrar.

No hubo forma de detener la hemorragia, y luego de casi dos horas, partió de ese mundo. Lo dejó solo con el hijo de ambos, junto a un abismo de miedo y de duda.

Estaba solo, y ese niño solo contaría con él para crecer y enseñarle todo lo que se supone debía saber, tanto lo suyo, lo del espíritu, como lo de su madre, del agua, y no estaba seguro de lograrlo.

Fue una tragedia, como una tempestad que llenó de temor el pueblo entero, pero que pronto se calmó como una brisa.

El señor oscuro nunca se aparecía por su propia cuenta, para eso contaban con un demonio que los comunicaba, así se mantenía el poder, y el orden.

Cada que un sumo sacerdote fallecía, se cambiaba de espíritu, o al menos cambiaban de rango, porque había evidencia de uno que regresó a ser el mediador una vez que consiguió más fuerza, y oscuridad.

El legado de los Blackwood era famoso por eso también, por conseguir demonios con rangos altos que les aseguraban prosperidad, conocimientos y vida, en lugar de desolación, muerte e ignorancia.

El demonio al que le sirvió su padre fue uno muy fuerte, y su abuela logró lo mismo, y por eso, él había creído que... pero en parte ese era un asunto personal, porque ella era poderosa, y lo sabía.

Apestaba en el aire, y sentía el temor de los otros en la orden, cómo se maravillaban y atemorizaban cada que llegaba a ellos.

Se suponía que en parte se debía a él, y ella era tan... oscura. Y no lo pensaba porque los anteriores hubieran sido distintos, porque también estaban repletos de lo mismo, oscuridad.

Era solo que la suya se sentía diferente.

Corrupta. Siempre pensaba cuando trataba de describirla, y no, no le gustaba.